



Las mil y una vidas de la niña azul

Isabella Ledesma Valderrama

Trabajo de grado presentado para optar al título de Maestro en Artes Plásticas

Tutor

Lindy María Márquez H, Doctora en Artes, Universidad de Antioquía

Universidad de Antioquia
Departamento de Artes Visuales
Maestro en Artes Plásticas
Medellín
2023

Cita	(Ledesma Valderrama, 2023)
Referencia	Ledesma Valderrama, I. (2023). <i>Las mil y una vidas de la niña azul, 2023</i> [pregrado]. Universidad de Antioquia, Medellín.

Estilo APA 7 (2020)



Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: Jhon Jairo Arboleda Céspedes.

Decano/Director: Gabriel Mario Vélez.

Jefe departamento: Julio Cesar Salazar Zapata.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Dedicatoria

Para mis papás, mi hermana, y mi familia: a los que me criaron y amaron desde que comencé a existir. A quienes me moldearon niña azul, niña soñadora y niña artista.

Agradecimientos

Miles de gracias a Lindy María Márquez, a mis amigas y compañeras artistas, por su acompañamiento y apoyo incondicionales. Sin ustedes nada de esto habría sido posible.

Tabla de contenido

Sinopsis	10
Prólogo	11
PARTE I: MIL Y UNA VIDAS	13
Capítulo 1: La niña y el matriarcado	14
Capítulo 2: La niña de papel y letras.	19
Capítulo 3: La niña ladrona	24
Capítulo 4: La niña astronauta	29
PARTE II: LA NIÑA	34
Capítulo 1: Pinceles y T.V.	35
Capítulo 2: Disfraces y regalos	40
PARTE III: LA NIÑA AZUL ARTISTA	44
Epílogo	51
Acta de nacimiento de la niña azul artista	54
Referencias	55

Tabla de figuras

Figura 1. Bourgeoise, L. (1999). Mamá.	17
Figura 2. Bourgeoise, L. Sin título (Tijeras), (1994).	18
Figura 3. Calle, S. Dolor exquisito (1953).	23
Figura 4. Andres, H. Historias de una calle corta (2006).	26
Figura 5. Michals, D. Esta fotografía es mi prueba (1975).	27
Figura 6. Skoglund, S. Venganza del pez dorado (1981).	30
Figura 7. Goicolea, A. Foto de clase (1999).	32
Figura 8. Ledesma, I. (2018) Vacío.	36
Figura 9. Ledesma, I. (2019) Dolores de crecimiento.	37
Figura 10. Ledesma, I. (2019). Sin título.	39
Figura 11. Ledesma, I. (2021). La máscara (primera versión).	41
Figura 12. Ledesma, I. (2021). La máscara (segunda versión).	42
Figura 13. Ledesma, I. (2022). Cumple años.	43
Figura 14. Ledesma, I. (2022). Otoño (Noche nochera, cascabelera).	46
Figura 15. Ledesma, I. (2022). Invierno (Adolecer).	48
Figura 16. Ledesma, I. (2022). Primavera (Florecer).	50
Figura 17. Ledesma, I. (2022). Otoño (Noche nochera, cascabelera).	51
Figura 18. Ledesma, I. (2022). Invierno (Adolecer).	52
Figura 19. Ledesma, I. (2022). Primavera (Florecer).	53

Resumen

La historia de las mil y una vidas de la niña azul es un viaje a través de mi proceso cómo artista, que siempre le ha interesado el juego entre lo propio, ajeno y conjunto. A través del lenguaje narrativo y travieso es mi intención en esta Memoria de grado, hablar sobre todos los años de influencias que me llevaron a conocerme como creadora de mi propia historia, y no mera espectadora. Así, recorro mis días, experiencias y todas las variantes que han ayudado a construir mi ser y mi hacer, en el que prevalece desde el inicio hasta el final un gran interés por la memoria y ficción. Nociones que a primera vista se perciben opuestas, pero que he aunado para hablar de la vivencia que pierde adueñamiento, y del recuerdo que se vuelve imaginario, por ello, lo íntimo es preciso compartirlo con el otro, para poner en evidencia la vida que sé, no he vivido yo sola.

Partiendo de estas preocupaciones, plásticamente me he interesado por la escritura, por su maleabilidad y adaptabilidad, que luego me ha llevado a darle cuerpo dentro del cosmos del performance, adentrarme a las profundidades de mi personaje, y hablar de lo que de otro modo me sería imposible decir. Todo esto, es la base para construir espacios-mundos posibles en instalaciones audiovisuales que plasman y traen a la vida mi vida y otras vidas, todas ficciones, pero verdaderas.

En definitiva, mi trabajo es una oda al pasado, pero sin ser preciosista, apoyándome en su posibilidad de metamorfosis para que el recuerdo se transforme en historia, en cuento, dispuesto para los oídos del otro, con el fin de escarbar en las profundidades de su corazón y hallar un espejo, en el que pueda reflejarme y a la vez hacer de su subjetividad algo que este pueda mirar.

Palabras clave: Infancia, memoria, ficción, íntimo, instalación, audiovisual, escritura, performance.

Abstract

The story of the thousand and one lives of the blue girl is a journey through my process as an artist, who's always' been interested in the play between what's my own, other's and an ensemble of both. Through a narrative and frolicsome language, it is my intention in this, my graduate memoirs (thesis), to speak upon all the years of influences that have taken to recognize me as a creator of my own life, and not a mere spectator. Thus, I go through my days, experiences and variants that've helped me build my being and creating as an artist. In which prevails, from beginning to end, a huge interest for memory and fiction. Notions that at a first glance may look opposite to each other, but that I've united to speak on the personal experience on which you lose ownership, and the memory that becomes an imaginary. I believe what's intimate must be shared with the other to evidence the life I know, I haven't lived on my own.

On the basis of these concerns, artistically I've been interested in writing, for its malleability and adaptability, which has then allowed me to dive into the cosmos that is performance art, and to enter the depths of my character, and speak on what in any other way it'd be impossible to speak about. All of this is the foundation on which I build possible spaces and worlds, possible through audiovisual installations that portray and bring to life my many lives, all fictions but no less real.

Definitively, my work as an artist is an ode to the past, but being careful not to be too precious with the concept, leaning into its possibility of metamorphosis for the memory to transform into story and into a tale, ready for the other person's ears, with the final goal to dig into the depths of their heart and to find a mirror there, in which I can reflect upon, and thus make of their subjectivity something they can look onto.

Keywords: Childhood, memory, fiction, intimate, audiovisual, writing, performance art.

Sinopsis

Como hija menor se me permitió desear muchas cosas, aunque no todas fuesen concedidas, excediendo las capacidades de mi núcleo familiar y realidad, rápidamente me di cuenta que aquello que no podía ser satisfecho en la realidad, podía construirse en la fantasía. Con mis dos manos, dos ojos y docenas de horas para habitar dentro de mi cabeza. Ahí podía ser todo lo que quería, enfrentar todo lo que temía, e ignorar todo lo que dolía. Mientras crecía habitaba más mis recuerdos que mi habitación, ociosamente repasaba el archivo a diario, todo lo dulce y amargo, repasando lo que había sido y lo que pudo ser. Así me sedujo la ficción, lo inventado, aquello que es falso pero cierto, y más importante, aún es mío.

Es desde un archivo mental de recuerdos propios y aprendidos que parte mi hacer artístico. Con estos creo narrativas sobre la memoria y la niñez a través de la imagen y la palabra, desdibujando la línea entre lo real y lo falso; lo propio y lo ajeno, lo cercano y lo lejano, para recrear la memoria desde procesos audiovisuales y narrativos, compuestos por imágenes de gestos sutiles y hasta cotidianos y una escritura introspectiva y genuina que, en su oralidad configura una historia en acción y vivencia. Luego, dichos procesos devienen en instalaciones donde la imagen audiovisual se relaciona con el espacio, la luz y los objetos específicos, para concretar una espacialidad en lo real, pero que evoca lo onírico y lo teatral, revelando los rincones mentales en los que habitan los recuerdos.

Entonces ¿Cómo recordamos? ¿De qué color es un recuerdo?, ¿Dónde sucede? ¿A qué huele? Me intriga cómo a través de este ejercicio, todos estos cuestionamientos, tienen una infinidad de respuestas y respondientes. Partiendo de cosas tan pequeñas y universales que pueden llegar a un sinfín de personas, invitándolos a recorrer el nuevo mundo que habita solo detrás de los ojos. Me interesa eso, verle ahí. Dentro de mi habitación, leyendo mis diarios, viviendo los recuerdos que ahora son tanto míos, como suyos. Leyéndome y atreviéndose a leerse de vuelta.

Prólogo

Nació como niña azul, hija de padres marrones y grises, siempre callada, mirando a través del manajo de tela en su mano y aferrándose a las piernas de la mujer café. Siempre curiosa, con las recurrentes motas púrpuras y verdosas esparcidas por sus piernas y rodillas, y más significativamente, siempre fantástica, escribiendo reinterpretaciones de ochenta páginas de cenicienta con ella de protagonista a los doce, y destrozando las revistas de farándula de su hermana mayor para hacer collages a los dieciséis. Desde entonces le gustó verse en lo que hacía, en personajes que hubieran nacido niña azul como ella, que les encantara el sabor de tomates, y odiaran la textura de la lana, que le tuvieran miedo a todo y nada al mismo tiempo, y que les invadiera una tristeza abrumadora al recordar lo que habían vivido y perdido.

La niña azul desde un principio tuvo miedo de existir, de que sus pies grandes ocuparan más de una baldosa a la vez, y que otros lo notaran y señalaran. Les temía a otros tanto como se temía a sí misma, y le temía al ruido exterior tanto cómo al silencio interior, por eso encontró refugio en los libros, y eventualmente, en escribir. En que sus pensamientos y emociones podían volverse garabatos en una hoja y leerse de vuelta, sintiendo que en este acto se reencontraba con ella misma por fuera de las capas de carne y de duda. Su cabeza se llenaba de una cacofonía de voces que luchaban por la pluma, adorando el bullicio interno de su propia voz multiplicada, que hacía eco en todos los espacios vacantes y silenciosos de su vida. Vivir a través de alguien más le daba una libertad que no era capaz de alcanzar con los pies en la tierra, le daba la fuerza para liberar el nudo de frustración que tenía atado en la parte trasera de la garganta, y decir(se) todas las cosas que tenía enterradas.

Por eso en gran parte, cuando comenzó a crear lo hizo desde las fotografías que descansaban tras una fina película plástica dentro de los álbumes familiares. Inspirada por las imágenes para hacer de los fantasmas que habían quedado atrapados entre las páginas, nuevos personajes, nuevas vidas y nuevos mundos. Imaginando rostros para todos los que les había deparado el cruel destino de ser recortados o tachados, y lanzando teorías de todas las cosas terribles que pudieron haber hecho para no existir más en el panorama familiar. Le gustaba recordar, más que lo propio, lo ajeno. A través del registro, cómo con las fotografías que tomaba papá en toques de bandas, o los videos de primeras comuniones en los que ella no era ni siquiera un pensamiento. Le gustó ser capaz de apropiarse de eso, de lo que, si bien no era suyo, se sentía así. Viviendo mil y una vidas a la vez.

Cómo ávida lectora e imaginadora, desde siempre y hasta siempre le encantaban los besos entre las imágenes y las letras cuando pasaba las páginas de los cuentos, hipnotizada por cómo ambas se juntaban, tejidas en el lomo del libro entrelazadas, danzando la una con la otra en un arrullo.

Cada vez que levantaba un cuento inevitablemente se recordaba a sí misma con la mitad de su altura, acurrucada en una clavícula, con ojos somnolientos e imaginación viva. Amó la idea del libro mismo como un acto de recordar, de retomar, de volver.

Gravitaba instintivamente hacia la conexión entre la imagen y lo escrito, le gustaba la solemnidad de las palabras esparcidas sobre una página en contraste con una imagen blanda hecha desde la libertad del disfrute. Como se complementaban, e incluso en ocasiones, se contradecían, y en ese gustó nació su búsqueda por una historia literaria y visual.

Escribir se sentía poderoso para ella, por primera vez se sentía valiente en una vida de cobardía. Teniendo el valor de contar cómo el mundo reposaba en ella y permitirle al otro escucharlo. En este acto tanto aterrador como emocionante, encontró liberación, permitiéndose narrar lo difícil y lo innombrable como ajeno y suyo, permitiendo un intercambio con el otro reminiscente al de un abrazo, en dónde el otro no tiene la obligación de hacer nada a cambio, más que sentir. Le intrigaba la idea de que alguien más se sintiera lloroso con este sentimiento de lo que se pierde nunca se va. De que sin importar cuanto intentemos borrarlo, aún somos el niño que fuimos.

Nacida niña azul, niña callada, niña curiosa, niña fantasiosa, ahora reconoce que, aunque ama verse en lo que hace, en lo que sus manos construyen con tanto amor y dolor, lo que ama más ama es encontrarse en el otro, observarlo, detallarlo, descubrirlo, y que él, se atreva a devolver la mirada.

PARTE I
MIL Y UNA VIDAS

Capítulo 1: La niña y el matriarcado

“Mi madre era una restauradora, reparaba cosas rotas. Yo no hago eso. Yo destruyo cosas. No puedo ir en una línea recta. Debo destruir, reconstruir, y destruir de nuevo. Mi ritmo no es el mismo. Mi madre se movía en una línea recta: y yo voy de un extremo al otro.”

-Louise Bourgeoise

La niña azul nació de madrugada, haciendo alboroto desde el inicio e irrumpiendo en el borrón de rojo, verde y blanco.

Una niña más.

Todas hacían fila afuera de su habitación para verla en las primeras semanas, grandes, pequeñas, jóvenes y mayores, todas querían conocer a la adición más nueva, a la reciente extensión de todas. Y cuando comenzó a crecer tampoco fue tan diferente, siendo pasada de brazos en brazos incluso después de aprender a caminar. Vivía en muchos lugares, cómo pequeña nómada, y ya contaba con una muda de ropa en cada una de sus casas por lo que a diario barajaba sus opciones para escoger a sus próximos anfitriones. En semana disfrutaba más estar con la abuela, pero en todos sus hogares tenía una madre para cada ocasión. Todas en la familia eran mamás, tuvieran bebés o no, cuidaban, querían y sufrían cómo tal. Entonces ella aprendió a nombrarlas en colores.

Mamá café fue la primera, en quién más confiaba para que la amara por encima de todas las fealdades y crueldades. Esta mamá era de sábados acurrucadas juntas y domingos de tareas. Tenía una vida más ocupada entre sus mamás, o al menos era de quién más notaba su ausencia, y era por esto mismo la niña azul esperaba con ansias todas las noches escuchar el chasquido de sus tacones pasando por la puerta.

Pero antes de que mamá café entrara por la puerta, la mayoría de los días se los pasaba al lado de mamá púrpura, que, aunque fuese hija y niña también, sin quererlo también se había hecho mamá. Ella era a quién temía tanto cómo admiraba, ya que era como un espejo que te deja mirar al futuro. A una versión mejor, más fuerte e intimidante. En las tardes, mamá púrpura era de quién dependía, para mitigar el hambre o los dolores, ella era quién la guiaba y mandaba, quién imponía

las reglas cuando nadie más estaba. Siempre sentía que la miraba desde abajo, incluso después de crecer y de rebasarla en altura, la niña azul siempre se sintió diminuta a su lado.

De mamá roja fue de quién mamá café aprendió a amar, y la niña azul a ser caprichosa. De su casa habían nacido todas las mamás, y era el lugar en dónde todas se reunían a ser mimadas y contempladas cómo niñas sin importar edades o alturas. Su nido era el más cálido y más brillante, al que todas las mamás más pequeñas siempre se veían atraídas a regresar. En este nido era dónde más veía a sus otras mamás: a la mamá verde, que buscaba siempre hacerla bonita. Trezando su cabello o pellizcándole los costados. Su forma difería de las otras mamás en su querer y el perfume hostil de sus palabras. En su amor que se basaba en corregir todo aquello que al pisar pie en el mundo real se tornaría insoportable. Entre las ramas del nido estaba mamá amarilla, que, a diferencia de mamá púrpura, era más niña que mamá. Entre todas las mamás era la más pequeña, aunque fuera la mayor. Velaban por ella todas, las necesitaba, incluso a la niña azul. Era diferente sentirse necesitada por una mamá, por eso con mamá amarilla había una complicidad y hermandad propia de las niñas.

Hija de muchas, hija de todas, creció en el centro del nido dorado, con picoteos y picoteos por sus mamás para sacarla de su cascarón, para moldearla a sus colores, salvarla de sus errores y sus dolores, pero inevitablemente, la niña, finalmente se sacudió los fragmentos de cascara de las alas, se reveló y elevó, azul.

“El color azul, ese es mi color, y el color azul significa que has dejado la monotonía de la realidad del día a día para ser transportada a... No un mundo de fantasía, no es un mundo de fantasía, sino a un mundo dónde puedes decir lo que te gusta y lo que no. Desde siempre esto ha sido expresado por el color azul, que realmente es azul cielo.”

-Louise Bourgeois, Louise Bourgeois: dibujos y observaciones.

Para la niña, una madre eran muchas cosas, muchas personas, que en sus colores demostraban las labores y necesidades que suplían en el nido. Que había sido construido por hijas de hijas de hijas, y aunque luciese delicado, a una brisa de desaparecer, había permanecido por

décadas antes de que existiera ella. En sus partes estaba escrita la historia de todas, estaba impregnado el amor y por esto persistía.

Louise Bourgeoise lo entendía, la dulce dureza de mamá, de sus facetas y muchos rostros que puede tener, y el sentimiento de culpa, agradecimiento y dolor que venía con ser diferente a ellas. La niña nunca se había sentido madre, ni pequeña, ni mediana, siempre había sido más egoísta, menos abnegada, menos sociable, más rencorosa. Todas las mamás perdonaban, amaban con nudillos blancos y aguantando, y ella había sido mimada demasiado cómo para soportar. Había sido amada demasiado y por demasiadas. Había nacido y sido criada para ser hija, igual a Louise. Con la figura de mamá siempre flotando sobre ella, rezando por su siguiente acierto, un recordatorio viviente de aquello que nunca podría ser, maldición y bendición. Con Louise, la niña entendió las complejidades de *mamá*, el símbolo, del personaje que se sobrepone sobre cualquier identidad y pone un velo sobre los ojos de todos los demás que la miran. Pudo ponerle nombre a la culpabilidad, al dolor que sentía al saber que una niña e hija había tenido que dejar de serlo, por y para ella. Y con su acompañamiento pudo identificar a mamá en todas partes: en los desafiantes y precavidos ojos de la araña en la esquina de su habitación, en las tijeras grandes y pesadas para cortar tela que por los años se habían oxidado y perdido su filo, en todos los colores que le pintaban el estómago cuando sentía algo que no sabía nombrar con palabras.



Figura 1. Bourgeois, L. (1999). Mamá. Escultura en bronce, mármol y acero inoxidable, 927 x 891 x 1023 cm. Colección permanente Museo Guggenheim Bilbao © FMGB Guggenheim Bilbao Museo. Derechos Reservados.

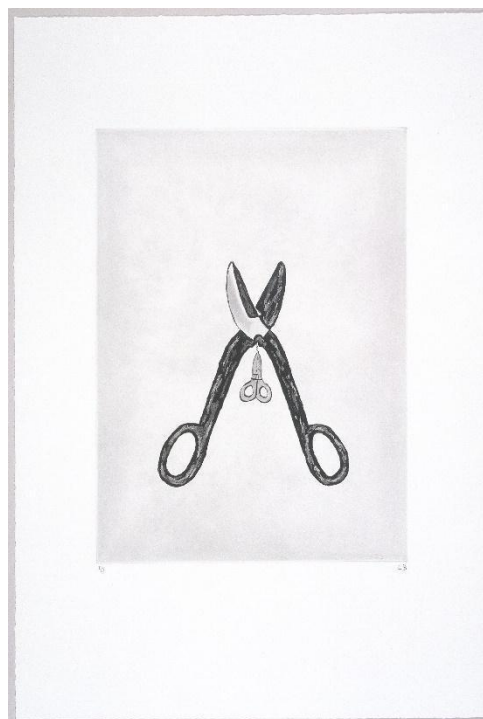


Figura 2. Bourgeoise, L. *Sin título (Tijeras)*, (1994). Grabado. Foto: Christopher Burke, ©The Easton Foundation/VAGA, Nueva York/DACS, Londres 2015. Recuperado de: <https://bit.ly/3uuyvGT>

La niña, nunca mamá, nunca abnegada, se sentía a gusto en su lugar cómo hija, cómo la diminuta araña apenas visible entre las delgadas patas de su madre, cómo las pequeñas tijeras guardadas en el segundo cajón de la máquina de coser, cómo el pichoncito en el centro del nido, acurrucada junto a mamá.

Capítulo 2: La niña de papel y letras.

*“(...) fácil creemos
cumplir lo prometido y fácilmente
se quebranta y se olvida. Los deseos
del hombre a la memoria están sumisos,
que nace activa y desfallece presto.
Así pende del ramo acerbo el fruto,
y así maduro, sin impulso ajeno,
se desprende después. Difícilmente
nos acordamos de llevar a efecto
promesas hechas a nosotros mismos,
que al cesar la pasión cesa el empeño.
Cuando de la aflicción y la alegría
se moderan los ímpetus violentos,
con ellos se disipan las ideas
a que dieron lugar, y el más ligero
acaso, los placeres en afanes
muda tal vez, y en risa los lamentos.
Amor, como la suerte, es inconstante:
que en este mundo al fin nada hay eterno,
y aun se ignora si él manda a la fortuna
o si ésta del amor cede del imperio.”*

-Hamlet, William Shakespeare

Cómo niña azul, era niña cobarde, niña resentida que sentía celos de los demás, que eran capaces de hablar de cómo la vida y las personas los hacían sentir, que eran capaces de enojarse con alguien más que con ellos mismos, y se podían adaptar más fácilmente al mundo que a ella le parecía demasiado aterrador para enfrentar. Pero como obediente niña cobarde, el sentimiento de resentimiento y celos lo empujó hacia abajo por años sin querer entender por qué estaba ahí dentro de ella. Lo ignoró, volviéndose otras personas, leyendo otras vidas que no fueran la suya.

El primer libro que levantó no lo recuerda, ya que de pequeña no le gustaba leer nada que no tuviera imágenes, probablemente una consecuencia de acercarse demasiado a la televisión para sentir el rugido de la estática durante los años en los que se estaba formando su cerebro. Así que sus primeros pasos como lectora los dio solo por sobornos e incentivos de sus padres, y por eso mismo no recuerda ninguno de los primeros libros que leyó, en su memoria solo quedaron borrones de historias a medio empezar que nunca terminaba.

Algo importante sobre ella era que, cómo con sus emociones, no podía ser moderada con nada en su vida, especialmente sus gustos. Así que cuando comenzó a leer, esta vez por iniciativa propia, lo hizo de una forma insaciable y desesperada. Pero solo le gustaban los libros que la sumieran en otras realidades, mundos y pieles, no le gustaban los protagonistas que fueran demasiado quejumbrosos y envidiosos o los libros que le recordaran demasiado su propia vida, le gustaban mucho los libros superficiales, aún le gustan, porque son fáciles de vivir. De desmenuzar y alterar a su gusto para crear una imagen alterna de sí misma, del mundo, en dónde nada es desconocido y nada decepciona. Ni ella misma era decepcionante en estos mundos a diferencia de la vida real.

Así que por años estos libros fueron su casa, en dónde más que aprender del mundo en dónde vivía, se enseñaba a sí misma de desapegarse de su realidad, ya que esta nunca podría alcanzar los estándares que sus vidas alternas le habían impuesto: valiente, bonita e importante. Pero siendo la niña que era, impaciente e intensa, se llenó de rabia y algo más opuesto a la resignación que parecido. Pero además de todo lo malo, todo lo terrible, de estos libros lo que ella más agradecía, era la habilidad y necesidad que despertaron en ella.

Escribir.



“Si escribo algo, temo que suceda, si amo demasiado a alguien temo perderlo; sin embargo no puedo dejar de escribir ni de amar...”

-Paula, Isabel Allende

Leyendo aprendió a escribir, primero copiando, calcando diálogos de otras historias, aprendiendo cómo fluía la escritura y la construcción de una narrativa para aplicarla a novelas de romance con sus cantantes favoritos. Y de los mundos de fantasía comprendió que real o irreal todo siempre surgía de lo humano, de lo palpable en su propia realidad. Que todas las historias que en algún momento había usado para escapar, desde un principio hablaban del mundo que ya existía, de las personas que vivían en él, y los dolores que al compartirse escritos se volvían llevaderos. De lo a primera vista insípido nació la niña escritora, que luego de agotarse de hablar de otras personas, terminaría hablando de ella.

Sus primeros libros no superficiales fueron aquellos en dónde se atrevió a encontrar pequeños pedazos de ella, todo lo vergonzoso y asqueroso que sin querer llevaba por dentro. Shakespeare, Allende, Sábato y todos los apellidos en las portadas de libros serios, los comenzó motivada por la fatiga de sus anteriores lecturas, además de una sensación de inferioridad frente a otras personas, más intelectuales, por lo que leía y escribía. Porque tan rápido y potentes cómo se formaban sus obsesiones, así mismo se desvanecían en el momento en que el miedo y la duda se sembraban en su corazón. Pero aún así, algo que aprendió con el tiempo fue que aquello que surgía por presión del exterior no siempre era negativo, y la mayoría de veces le dejaba lecciones y regalos a su paso, y esto no fue la excepción. De estos libros aprendió sobre honestidad: la

irrevocablemente propia y la colectiva. En los escritos de la niña sus personajes a menudo se sentían rígidos, cómo maniqués en un escaparate que podías forzar en la posición que quisieras, vestirlos, y aun así para todos era evidente que esas no eran personas. Leyéndolos entendió que, para hablar de otros debía hablar de ella misma, y para habitar otros mundos, primero debía vivir en el que sentía bajo los pies.

Así que comenzó por crear, sin reparos, creó con las manos, y con los pies, escribió todo lo que recordaba, y todo lo que quería recordar. Después de lo inventado y prestado, optó por lo suyo, lo real, lo sentido. Comenzó por el dolor y la pérdida, describiendo de memoria el rostro grisáceo de la mamá roja cuando la vio por última vez, o el rostro de la niña que siempre se escondía tras de ella, evitando el espejo. En este momento conoció a Sophie Calle, que en su mente siempre vivía como “mi amiga Sophie”. En su imaginación iban a cafés juntas y se reían tan fuerte que la gente se partía el cuello queriendo averiguar qué era tan divertido, hablaban hasta tarde en el teléfono sobre amores y desamores y mantenían su amistad por correspondencia cada vez que Sophie volvía a Francia. Se imaginaba pasando los dedos por las letras en cursiva que deletreaban “para mi amiga”. Cuando leyó dolor exquisito se vio ahí, en las palabras, en su baile con las imágenes, en ese dolor, añoranza y amor que nunca había experimentado, pero que ahora se sentían cómo propios. Y eso le encantó, hallarse en las palabras de alguien más, encontrarle nombre a su dolor en el del otro, verse en los demás, y permitirles verse en ella también.

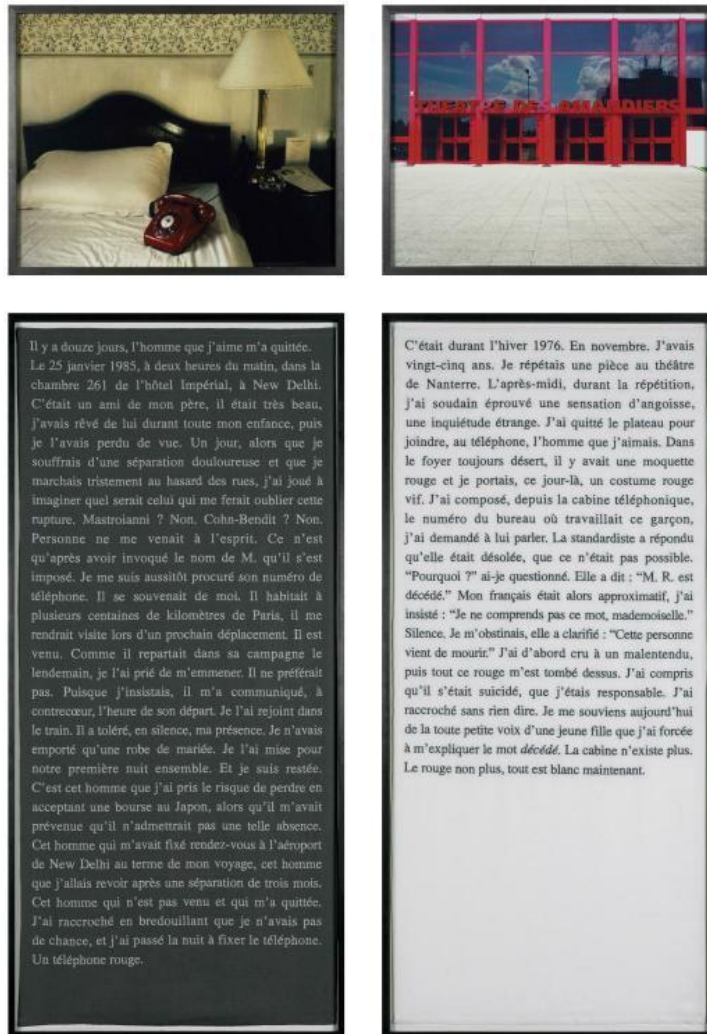


Figura 3. Calle, S. *Dolor exquisito* (1953). Impresión en color cromogénica, impresión en gelatina de plata, lino e hilo de algodón. © Adagp, Paris

Créditos fotográficos: Bertrand Prévost - Centre Pompidou, MNAM-CCI /Dist. RMN-GP. Referencia de la imagen: 4N65127 Recuperado de: <https://bit.ly/49R06C4>

Capítulo 3: La niña ladrona

Desde pequeña a la niña azul no le gustaban los juegos de miradas, eternamente frustrada con el hecho de que todo lo que sentía se pintaba rojo en su rostro. Nunca supo cómo lidiar con la bola de frustración que se le atascaba en la garganta cada vez que se quedaban mirándola. Siempre le asustó la mirada del otro, burletera, interrogante, cruel, pero encontró algo reconfortante en el acto de mirarse con el otro, algo emocionante en poder retar al otro a un juego de miradas en dónde pierde el que se acobarde, y el juego puede seguir hasta siempre si ninguno aparta la mirada. El juego la hizo darse cuenta que, aunque ella es observada, el otro también lo es, que en ese espacio no hay lugar para burlas crueles ni zancadillas, no es un lugar dónde pueda vivir la cobardía, porque el hecho de mirarse en el otro es un acto solo para valientes.

Y mirarse en el otro la volvió ladrona, de lo de su familia, de sus amigos, de la vida de la hermana, de la tía, de la prima, de la vecina de una conocida suya. A menudo le sorprendía lo mucho que recordaba, que almacenaba en su cabeza, y que cuando era el momento de escribir la pequeña neurona que se encargaba de ayudarle a crear saltaba de esquina a esquina, de rincón a rincón buscando inspiración para entregarle, ya fueran cosas que ella había vivido directamente, o experimentado a través de otros. De sus experiencias favoritas para hurtar y transformar eran las de mamá café, porque estaban llenas de nobleza, llenas de tanto, tanto amor que solo podían ser compensadas en igual tristeza. En ellas podía ver a todo tipo de personas que nunca hubiera podido conocer de otro modo, e incluso se veía a sí misma también.

Desde pequeña le disgustó que le dijeran que no se parecía nada a mamá café -la primera-, tez, cabello, rostro, dos polos visuales que siempre resultaban en que todos constantemente dijeran que no era su hija, pero mamá siempre le apretaba la mano y le decía “tú eres igualita a mí”, igual de amorosa, igual de llorosa. Le calentaba el corazón saber que sin importar como se vieran ella tenía cosas de la persona que más amaba. Que ella siempre cargaba con cosas de alguien más, conocido o desconocido.

A diferencia de su anterior amiga, a Holly Andres no podía leerla, no podía pasar los dedos ociosamente por las letras que contaban su historia e imaginándose como ella, pero solo bastó una imagen para que se enamorase de la forma en que sus ojos enfocaban y pintaban el mundo. La

primera vez que vio algo de su autoría se trató de una fotografía centrada alrededor de un comedor, reminiscente de la última cena de Leonardo Da Vinci, con una niña rondando los seis o siete años en el centro, y los que parecían ser sus hermanos y hermanas rodeándola mientras los ojos examinadores de su madre flotaban por encima de su cabeza a la vez que esta pasaba un peine por su rubio cabello. Toda la escena era deliciosa, y le causó una sensación opaca y bella en el estómago. La cena a medio comer con el papel plástico cubriendo los recipientes de ensalada, las cortinas floreadas que combinaban con las camisas de los niños, y más importantemente, la mirada de la protagonista, mirando a la cámara con ojos avergonzados, como queriendo huir de la escena, esperando a que su madre termine de aplicar el químico para los piojos. *Historias de una calle corta* la hizo sentir como una niña de nuevo, le recordó el goteo del grifo del lavadero en su cuello mientras su madre le lavaba el cabello, irritada, con una pastilla de jabón *Rey*, un remedio casero conocido para eliminar piojos y liendras. Le recordó la vergüenza que sintió en el estómago por haberse contagiado por segunda vez ese mes de piojos, y como todos en casa culpaban la pijamada a la que había ido. La niña, con sus ojos azules y asustados la volvió joven de nuevo, y si bien ella no tenía cinco hermanos, una mesa de madera y cortinas floreadas, la imagen escarbó dentro de su memoria y encontró un recuerdo que ni ella era consciente que tenía. Le encantó que la imagen hiciera eso, que el color la hiciera sentir así, y que el retrato de una niña rubia de ojos azules estadounidense pudiera ser un retrato suyo también. Que la imagen narrara por sí sola, que fuera flexible y no se limitara a lo explícitamente retratado, y le permitiera a quién lo viera, reflejarse ahí. Ya fuera niña azul, niña amarilla, niño verde o niño rosa.



Figura 4. Andres, H. *Historias de una calle corta* (2006). Fotografía digital, dimensiones variables. Holly Andres © Derechos reservados. Recuperado de: <https://bit.ly/3usTg5E>

El amor de la niña azul por las historias venía de los libros, pero también de las películas, de las personas en pantalla que te hacían sentir amor y dolor con una mirada. Desde el principio fue una niña con un gusto por las sutilezas, por los diálogos que transcurrían en silencio y entre roces de manos, pero también maximalista, empedernida con tapizar cada centímetro de su habitación con imágenes y rayones para hacerle compañía. Se le dificultaba el balance, *el punto dulce*, antes de agriar el postre.

¿Cómo se llamaba la atención sin gritar y sin pasar desapercibida? ¿Cómo se hacía un ruido silencioso?

Duane Michals le enseñó sobre la imagen que antoja, como el teaser de una película que busca intrigarte lo suficiente para que la veas en cine, te engatusa con el misterio de lo que puede pasar o hacia donde puede ir. De las primeras imágenes que ella vio del fotógrafo fue dónde retrataba el abrazo de una pareja sentados sobre una cama, la mujer abrazando al hombre desde atrás mientras ambos miraban risueños y amorosos hacia la cámara. La imagen se le hizo dulce, bonita, como una fotografía que se habrían tomado sus padres en su juventud cuando apenas eran novios. Al principio el texto escrito a mano pareció mera decoración, como dibujos en la margen

de un cuaderno, pero una vez le dio un vistazo detenido fue como si toda la imagen cobrara vida con las palabras: “Esta fotografía es mi prueba. (...) ella sí me amó, ¡mira por ti mismo!”. Con eso bastó para que comenzara a fantasear con la vida de la pareja, con sus primeras citas llenas de nervios y sonrisas, hasta las últimas plagadas de resentimiento y tristeza, haciendo diferentes escenarios de cual habría sido el punto de quiebre para los felices tortolos, si habría sido culpa de él, de ella, de alguien más, o de nadie. Incluso creó a un hermano para el protagonista, destinatario de la fotografía y el texto, la cual el hombre había enviado estado harto de que le repitiesen una y otra vez “que si ella lo hubiese amado, no lo habría dejado”. La niña azul vio la fotografía como una medalla que el hombre estaba mostrando, un tesoro, la última prueba del amor que solo habían vivido ella y él, y ahora todos negaban.

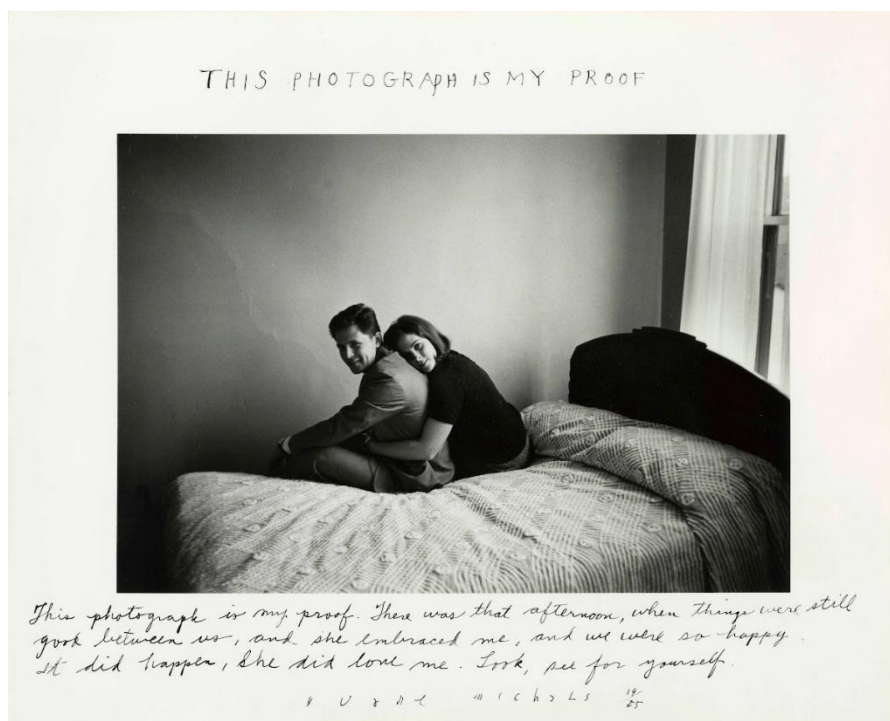


Figura 5. Michals, D. *Esta fotografía es mi prueba* (1975). Fotografía a blanco y negro, 20.2 x 25.2 cm / 39 x 42.2 cm. Recuperado de: <http://bit.ly/3QU3dki>

A ella le pareció increíble que la imagen y el escrito pudieran hacer eso, que no fueran yunque de la imaginación sino el contrario. El texto corto, tal sinopsis de libro era la herramienta

que le faltaba para poder lograr ese canal abierto entre sus historias y otros, que, aunque estuviese escrito no estaba tallado en piedra, y el texto ahora había incorporado ese carácter flexible de la imagen que ella tanto amaba.

Capítulo 4: La niña astronauta

“—¿Qué significa “domesticar”?”

—Es una cosa demasiado olvidada —dijo el zorro—. Significa “crear lazos”.

—¿Crear lazos? —Sí —dijo el zorro—. Para mí no eres todavía más que un muchachito semejante a cien mil muchachitos. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero, si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo.”

—El Principito, Antoine de Saint-Exupéry

Hasta grande ella se sentía sin lugar. Cómo que los espacios en los que vivía eran prestados, hechos para alguien más, luchó contra esto por años, oscilando entre la resignación y la ira. Si bien en un momento halló consuelo en los espacios que eran solo suyos dentro de páginas, eventualmente se volvieron insuficientes, queriendo trasladarlos al mundo que podía oler y ver sin cerrar los ojos.

Su obsesión se volvió encontrar los lugares que ya tenía adentro, pero no sabía cómo reconstruir por fuera del calor de sus entrañas. Afuera era un lugar demasiado frío para que vivieran sus fantasías, a menudo viéndolas morir bajo el yugo de “cosas con mayor importancia”. Pero había vivido tanto tiempo escondiendo sus deseos de sí misma que ya estaba cansada de no tener un lugar en el que reposar sus pesares. Así que, niña azul y niña terca, navegó por años hasta encontrar un lugar para ella y todas las pequeñas cosas que sentía solo le importaban a ella y le robaban el sueño. En su búsqueda cruzó fronteras, océanos y planetas, siempre viéndose corta en los lugares que arribaba, estos pecando por sosos o por saturados, no eran suficientes para volverlos el hogar de sus recuerdos y sueños. En su mente la suya era una búsqueda solitaria, relegada a la alienación y aislamiento, hasta que, en el camino, preguntando por direcciones hasta su tesoro, se encontró con personas que como ella, se preocupaban por eso que no importaba a los ojos poco entrenados. Encontró a otros niños azules, que con ella quería construir países, continentes y mundos de las inmensidades diminutas que cargaban.

En uno de sus múltiples viajes conoció a Sandy Skoglund, una mujer que se dedicaba a visitar planetas y corazones en busca de inspiración para llevar a casa, y replicar de memoria los lugares que existían por fuera de la atmósfera. Casas verdes, perros cerúleos, ella era capaz de ver detrás de los ojos y luego traerlo a lo que se toma con las yemas de los dedos. Con Sandy aprendió a dejar de temer, ya que, aunque en su mente era una renegada, sin temor a nada ni nadie, la niña azul nunca se atrevía a quitarse su traje de astronauta, asustada de que la cabeza se le hinchase al doble del tamaño en cuanto lo hiciera, y sus ojos salieran disparados como dos globos desinflados. Pero Sandy le explicó que no se podía apropiarse de esos mundos siendo turista, resintiéndose el lugar de dónde venía y reusándose a respirar y tocar otros mundos, solo así recordarían su mente y sus manos cuando fuera el momento de recrear. La niña se atrevió, un guante a la vez, mientras Sandy pintaba un cardumen de peces dorados con los ojos. Uno de ellos nadó al casco de la niña, que descansaba a su lado cómo una pecera vacía, buscando un hogar en el mundo que era *ella*.



Figura 6. Skoglund, S. *Venganza del pez dorado* (1981). Fotografía e impresión en gelatina de plata entonada, 70.7 × 89.2 cm. © 1981 Sandy Skoglund. Recuperado de: <https://bit.ly/3sPrpMz>



Al regresar a casa, después de años de viaje, volvió a hacer lo que había visto en todo el sistema solar, pero los espacios que hacía, aunque diferentes, eran incómodos, inadecuados para que cantaran las partituras marcadas con sus sentires. Faltaba algo crucial, y que, aunque ahora era más valiente, en ocasiones aún le rehuía, asustada a su más grande temor y deseo: ser vista. Viéndose incapaz de construir sus mundos por sí misma, llamó a muchos contratistas para que le ayudaran en la construcción de su hogar, pero la mayoría se fueron desanimados la ver su indecisión. Un día, vino Anthony Goicolea a darle una mirada a la fachada de su casa, y con el fin de asesorarla le mostró su libreta con todos los espacios que había construido hasta el momento. Objetos, edificios y personas prestadas, cómo ella había intentado replicar, pero con la diferencia de que el protagonista en todos y cada uno de estos espacios era él. Le contó que su visión cómo arquitecto y contratista era la del lugar en el que habitaba su yo adolescente, siempre buscando nuevos lugares y espacios para mantener viva su memoria. Darle un lugar bajo el reflector a los años de sudor, incomodidad y vergüenza.

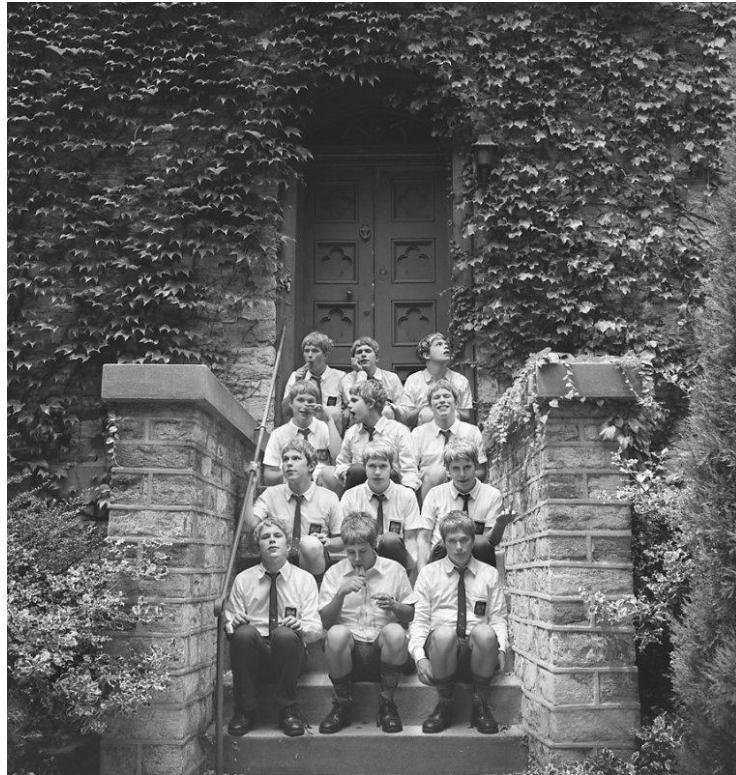


Figura 7. Goicolea, A. *Foto de clase* (1999). C-Print en Di-Bond con Non-Glare UV Plexi Face Mount, 101.6 × 101.6 cm. © Anthony Goicolea, todos los derechos reservados. Recuperado de: <https://bit.ly/3MWJsqT>

Esa noche, después de que Anthony se fue, la niña pensó en su lugar en el que podría vivir su yo diminuta, pequeña y mediana. El lugar que se podría alimentar de sus viajes: libre de prejuicios y límites, pero también tomaría de aquello que vivía fresco en su memoria sin importar cuantos años transcurriesen, y que cómo había aprendido, existía dentro de muchas otras personas cómo ella.

Así que escribió, absolutamente todo, y dibujó lo que recordaba y quería recordar, inspirada en sus navegares. Se desveló toda la noche, martillando, taladrando y pintando el lugar en el que podría encajar y vivir cómo ella siempre había deseado. El sol salió por oriente, pintando el cielo de púrpura y su pequeña choza de amarillo. Había abandonado la gigantesca fachada y comenzado de nuevo junto a ella, en un pequeño nido disparejo con hojas caídas de los árboles, ramas mojadas por la lluvia y flores del jardín de sus mamás. Aún requería mucho trabajo, muchos detalles, pero

fue en ese lugar maltrecho, con el sol alto en el horizonte, en el que la niña azul pudo finalmente dormir, encajando por primera vez.

PARTE II
LA NIÑA

Capítulo 1: Pinceles y T.V.

Aunque hubiese querido quedarse bajo el manto de seguridad que era casa, la niña siempre tuvo deseos que se derramaban por fuera de lo conocido y aprendido, así que cuando creció lo suficiente en agallas, se atrevió a querer verse cómo algo más que pequeña e indefensa.

Le gustaba ver arte, saborearlo en el espacio entre el estómago y el corazón, pero se le había dificultado hacerlo, nunca por falta de ganas, sino por falta de agilidad: en sus manos, sus palabras y su cabeza. Le era extremadamente difícil expresar lo que a otros se les daba con tanta naturalidad. Si de una conversación de talentos innatos se trataba, ella no formaba parte. Luchando por el cómo y el qué, hasta que se respondió una pregunta mucho más importante: ¿a quién?

Pero para poderse responder, ella tuvo que dar traspies en busca de las palabras para nombrar eso que tenía adentro y el deseo tan grande que tenía por contarlo. Uno de sus primeros intentos reales vino en la forma de aquello que más conocía y su lugar seguro: la pintura. Había pintado desde que aprendió a tomar un lápiz, no de una manera excepcional, ni muy buena en realidad, pero lo suficiente cómo para saber hacerlo y que este medio se volviera la boya a la que se aferraría en esta nueva tierra desconocida. Aunque la niña tuviera sueños que le exigían abandonar lo seguro, en sus primeros intentos se aferró a esto, tal barandilla, en un intento por estabilizar sus pasos. Frutos de sus comienzos fueron *Vacío* (2018), *Dolores de crecimiento* (2019) y *Sin título* (2019).

En *Vacío*, la niña rompió las costuras de los álbumes de fotos de su casa, y dispuso todas las fotografías en el suelo, buscando entre el mar de sonrisas y muecas las imágenes que más le dolieran. Pero de una forma particular. Quería encontrar las fotografías que fueran testigos de la época en el que la niña azul había sido niña por ley, que retrataran todas las cosas y personas que extrañaba de una época que ya no podía volverse a repetir, y que en su memoria solo quedaban las cosas más punzantes e insignificantes. Así que en su búsqueda recuperó las imágenes que servían de espejo al pasado, las líneas que delineaban la carne de los cuerpos calientes en las fotografías, las volvió trazos de lápiz bajo un lienzo blanco y frío, escogiendo a diestra y siniestra, tal libro para colorear, qué pedazos de la foto traería a la vida con pintura. En dos cuadros se enfrentaron

sentimientos de nostalgia, alegría y pérdida, recuerdos que oxidados y roñosos habían perdido su color, mientras otros, dolorosos y felices, se imponían vibrantes, permaneciendo frente al tiempo.



Figura 8. Ledesma, I. (2018) *Vacío*. Pintura acrílica sobre lienzo, acompañado de escritos. Módulos de 40 x 50 cm cada uno. Fotos propiedad de la autora.

El mundo reconstruido en memoria, tal manta de retazos, quedó retumbándole en los oídos a la niña, obligándola a seguir, buscando, desarmando, destruyendo y reimaginando. La pregunta que había iniciado todo, continuó en *Dolores de crecimiento*, en dónde, partiendo de un álbum ya desarmado y a su disposición, busco fotografías, que por fuera de ser los testimonios de su familia y todos los grandes eventos que habían vivido a través de los años, fueran bellas, que tuvieran potencial de recortar y reencuadrarse. Encontró seductora la idea de la imagen que es suya, que cuenta una historia, y que con un recorte puede vaciarse de significado, de bagaje, y se puede moldear como arcilla en los dedos. Encontró una nueva herramienta del archivo que, aunque no la tuviera cómo protagonista, con la edición correcta, podía hablar de lo que ella quisiese. Aquí, la niña puso en práctica sus años de historias y novelas, pero con un tema mucho más difícil: lo suyo. Pero armada de coraje y terquedad, se aventuró, y habló de las fotografías que retrataban a mamá, su graduación de primaria, y sus exámenes perdidos cómo si desde un principio hubieran sido

tomadas para contar una historia. La suya. La de dejar de ser niño y el sentimiento tan doloroso de los huesos empujando contra la carne, obligándola a añadir otro panel de tela, y crecer.

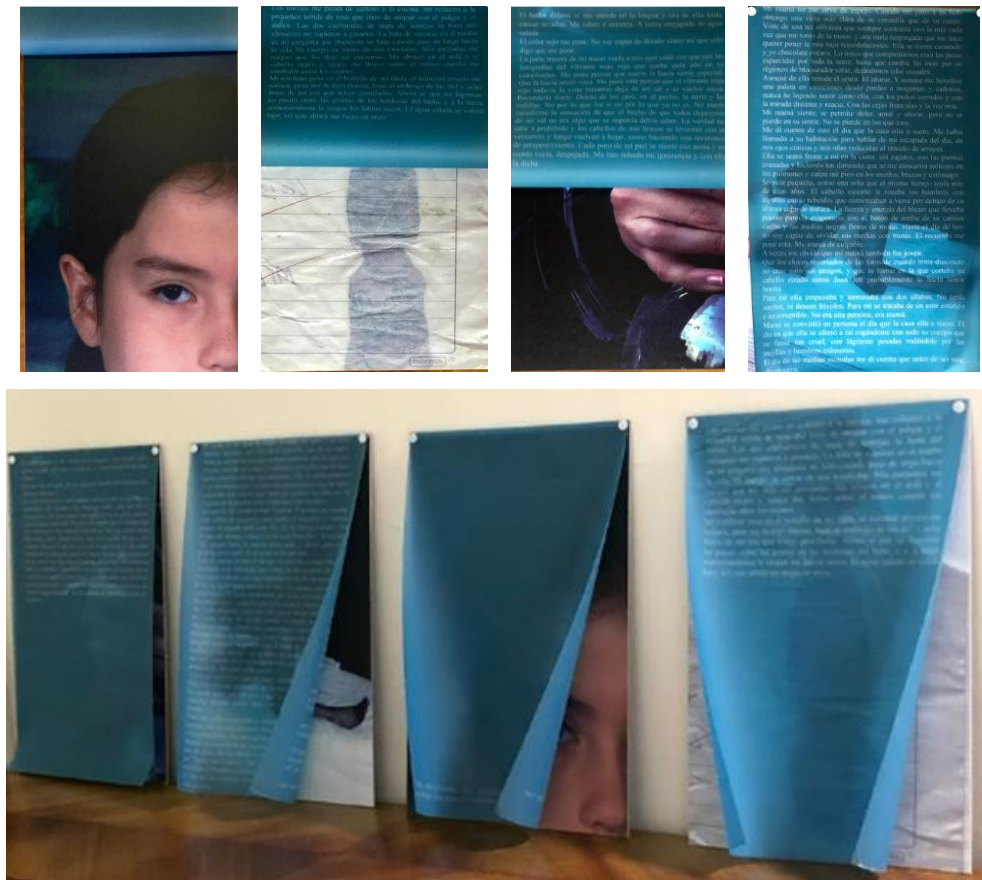


Figura 9. Ledesma, I. (2019) *Dolores de crecimiento*. Fotografías de archivo intervenidas digitalmente, con texto sobrepuesto. Módulos de 17 x 11,5 cm cada uno. Fotos propiedad de la autora.

Para cuando la niña pensó en crear de nuevo, por instinto volvió a las fotos apiladas bajo su cama, que no había regresado a su lugar por pereza, pero sorprendentemente, por primera vez, las vio sosas, estáticas, y gracias a esta decepción y descubrimiento se fue en búsqueda de movimiento. En *Sin título* recurrió al lector de VHS que en los últimos años servía más de pisa papeles que de cualquier otra cosa, relegado al “cuarto del *reblujo*”. Con él, revisó los videos de primeras comuniones, cumpleaños y navidades que habían quedado olvidadas en las cajas de VHS, cómo esperaba, muchas cosas que no recordaba la esperaban ahí, pero sorprendentemente, se encontró con

cosas que aún recordaba, cosas, pequeñas e ínfimas, cómo la primera vez que desarmó el álbum, retazos de manos, el sonido del mar, el color pálido de una habitación en la que solía dormir de pequeña... Tomó todo, lo recortó y lo volvió collage, una emisora de recuerdos que nunca eres capaz de sintonizar por completo, siempre cambiante, apático ante las súplicas, sabiendo que su deber no es el de completar un recuerdo, sino invitar al otro a agregar sus retazos de memoria al collage.

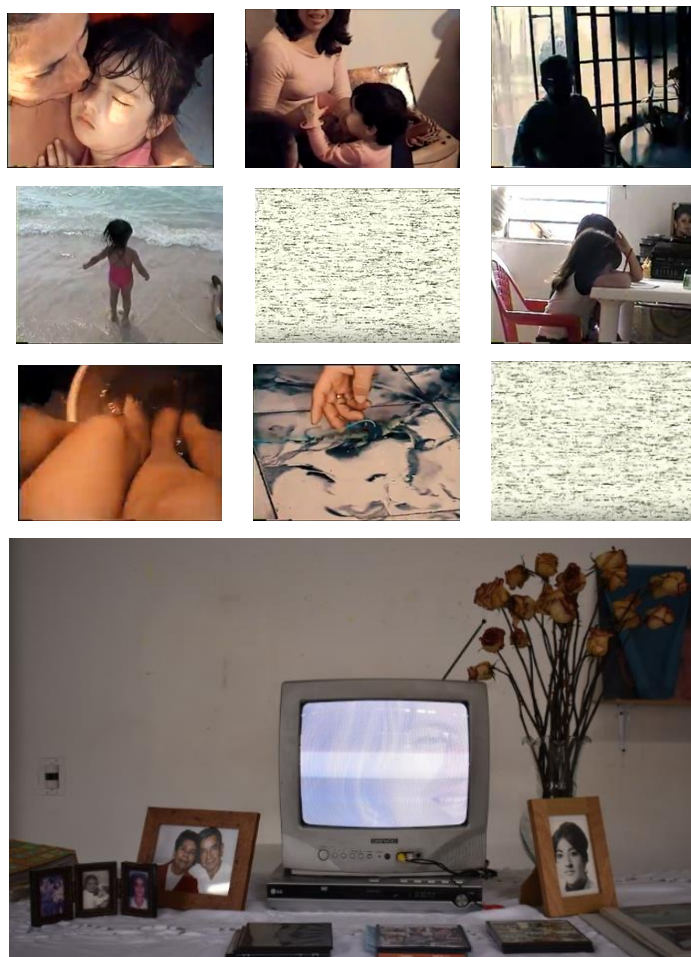


Figura 10. Ledesma, I. (2019). *Sin título*. Video instalación, dimensiones variables. Duración: 00:03:06. Imágenes propiedad de la autora.

Capítulo 2: Disfraces y regalos

La niña azul era amante de las muletillas, de cómo podían llenar el espacio cuando ella no sabía que decir, y por eso mismo sus discursos estaban siempre plagados por *peros* y *ams*. En todas las partes de su vida este era el caso, y se aferraba a aquello que mitigaba su ansiedad y miedos. Cuando fue el momento de comenzar a crear e intentar ser parte del mundo de lo doloroso y exquisito, la niña se refugió en aquello que estaba al alcance de sus manos, aquello que podía recortar y apropiarse, pero en su camino se descubrió hastiada de esto, de lo inmediato, que aunque guardaba su historia, a menudo sentía que limitaba su deseo por la fantasía y lo irreal, que la había perseguido incesablemente desde que se había nombrado “demasiado grande para esas cosas”.

Con dificultad, abrazó sus sueños, sus deseos más profundos que le palpitaban en las muñecas cuando vivía algo digno de un final diferente. En el lugar donde vivían sus sueños más infantiles fue dónde nació *La máscara (versión 1 y 2)* (2021) y *Cumple años* (2022).

La máscara fue un regalo para ella misma, un recordatorio, de aquello que una vez se sufre luego puede cumplir un propósito más allá del de lección y cuento precautorio. Escribió trescientas cuatrocientas y quinientas páginas dedicadas a la niña del tamaño de un arroz que nunca era capaz de extirparse del corazón. Narrándola, sus sentires, sus pesares, y las verdades que ahora tan claras, antes eran imposibles de ver. Escribió y escribió hasta que no hubo más remedio que continuar dibujando, un gesto que tenía en mente los cuentos ilustrados que mamá café le leía antes de ir a dormir. El resultado fue una historia que se había escapado de sus dueños y deseos hasta llegar a sus manos, dispuesta para que le pasara los dedos por las páginas la niña azul, de arroz y lentejas, y cualquier otro que como ella fantaseara con la oportunidad de redimirse consigo mismo.

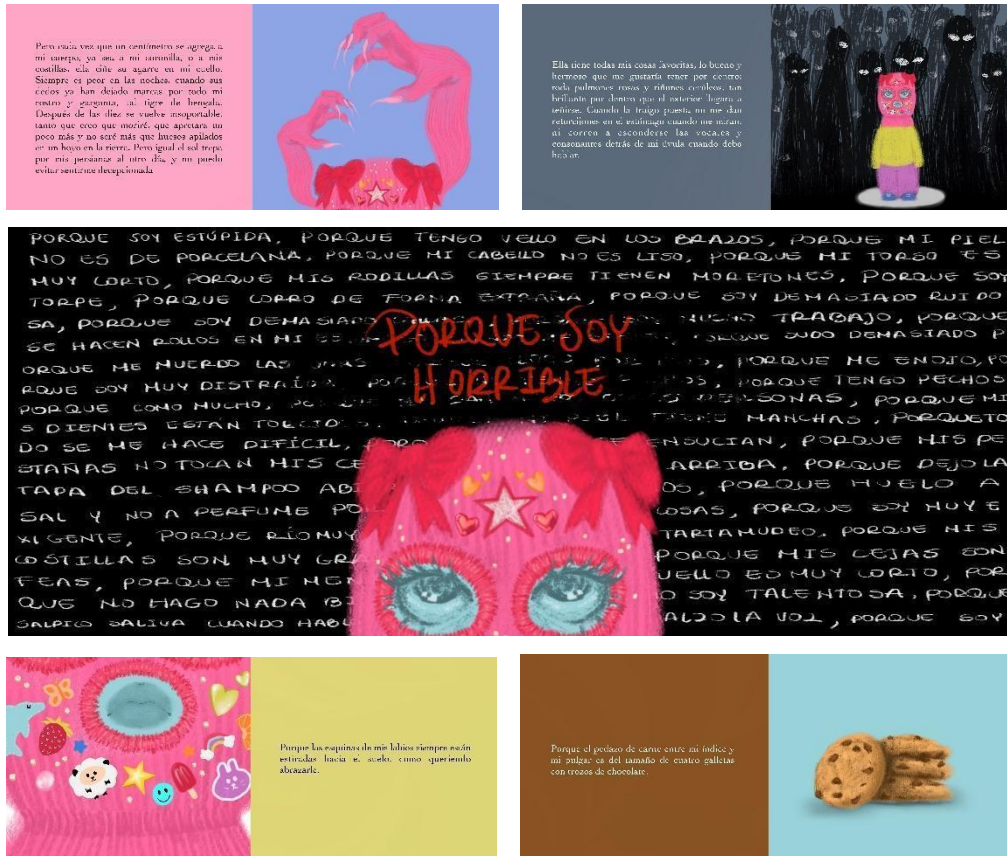


Figura 11. Ledesma, I. (2021). *La máscara (primera versión)*. Cuento ilustrado digitalmente. Dimensiones variables. Imágenes propiedad de la autora.

De esta primera versión o intento, ella recobró coraje, fe en que lo suyo podía ser algo más que solamente eso: suyo. Y con el mapa que era su cuento, se volcó a los crear los espacios que esa niña podría habitar. Los espacios que había hecho con lápiz y colores los volvió tangibles, invitaciones para que todo aquel que se atreviera se subiera al escenario y protagonizara la obra de teatro que estaba poniendo en escena. La literalidad de la acción le dejó un sin sabor en la boca, que aún le faltaba tiempo para descifrar, pero de esta segunda versión la niña construyó un gusto por el espacio, sus posibilidades de volverse un lugar seguro para que sus sueños vivieran por ella, y si se atrevían, por alguien más.

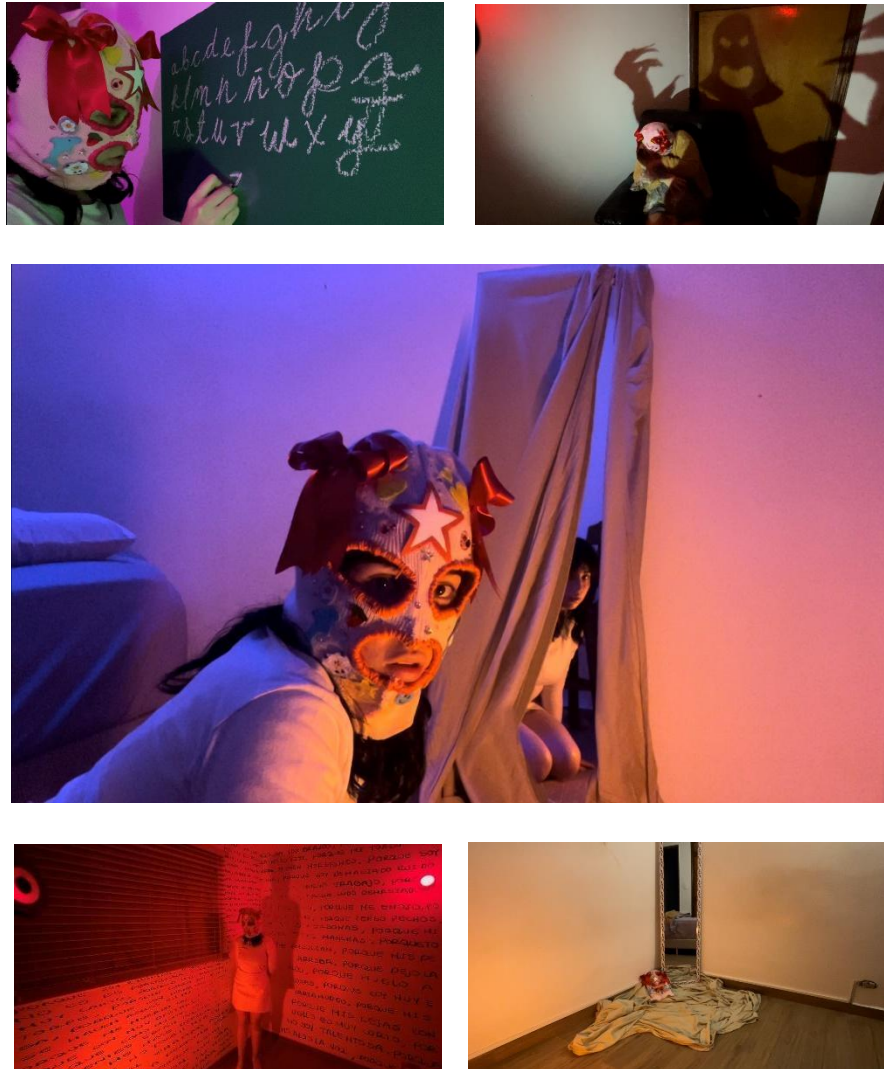


Figura 12. Ledesma, I. (2021). *La máscara (segunda versión)*. Instalación, dimensiones variables. Fotos propiedad de la autora.

Con *Cumple años* se volvió recolectora de nuevo, pero de objetos en esta ocasión. De las cosas que vivían arrumadas en las estanterías de su casa, en los lugares que terminaban olvidadas. La niña azul buscó traerlas de nuevo a la vida, despojándolas de sus dueños y significados anteriores: dijes, labiales y muñecas despintadas, todo se volvía nuevo con el collage sobre el cristal del escáner. Volviéndose autora nuevamente con esta acción, titiritera de los objetos para que bailaran al ritmo de sus manos y de la historia que quería contar, que hablaba tanto de ella como de otros parecidos en sus diferencias. Como se estableció desde el principio, la niña azul era que

era alguien de obsesiones, y su obsesión más grande, más que las historias, pintar, o incluso ser bonita, era la de conectar. La de prestarle al otro un telescopio con rumbo a su corazón, con la intención de robar una mirada también. Una fijación que había persistido a través de los años, y más claramente a través de *La máscara* y *Cumple años*, a menudo sin éxito y llevándola por un camino de frustraciones, pero que terminarían equipándola con las herramientas para volver lo soso brillante, lo insignificante importante, y sus mundos soñados y fantasiosos, reales.

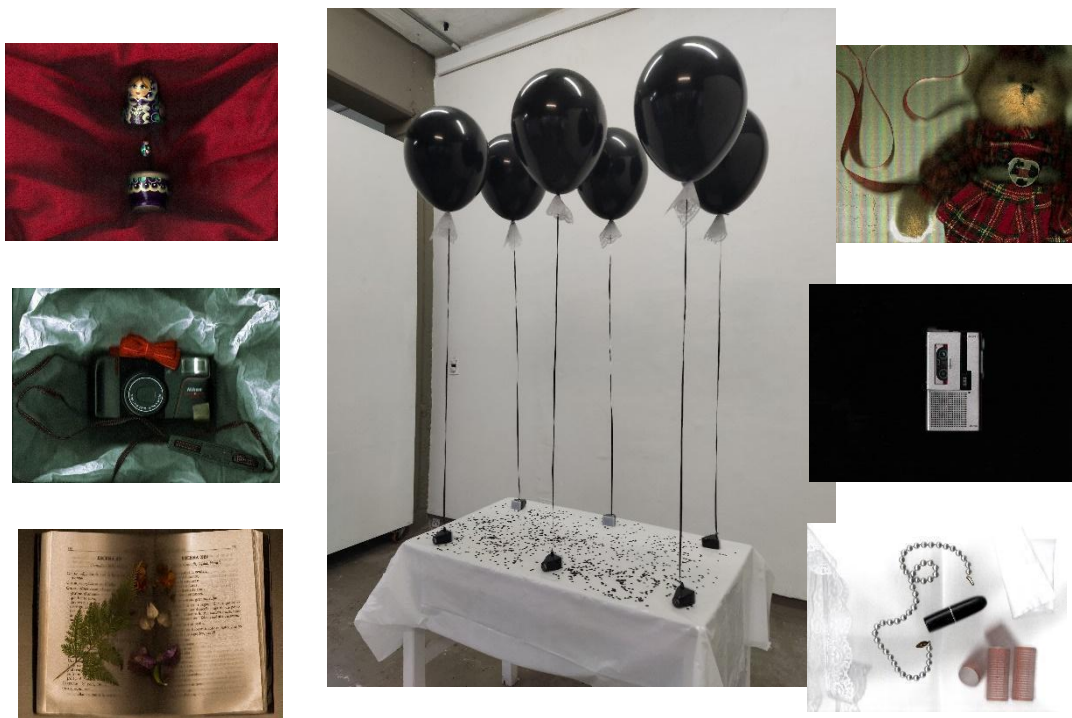


Figura 13. Ledesma, I. (2022). Cumple años. Instalación, dimensiones variables. Fotos propiedad de la autora.

PARTE III
LA NIÑA AZUL ARTISTA

Aunque hubiera nacido niña azul, su corazón no lo era, hecho de motas de color, que con cada palpitar, en donde los colores se tocaban, se formaban pequeños moretones oscuros. Desde pequeña se miraba el pecho en el espejo, preocupada por los visos oscuros y opacos que se escapaban por entre sus costillas, y aunque en el doctor le hubieran dicho a su mamá que sería algo que curaría por sí solo al crecer, nunca desapareció.

Así que creció, con emociones y un corazón desbocado, que creyó podía remediar haciéndose pequeña e invisible, pero esto solo terminó en punzadas en el pecho casi a diario. Recordatorios de que intentaba esconder lo *inescondible*. En escribir, pintar y crear encontró remedios para aquello que se había hecho a sí misma, guiada por aquello que a los ojos se veía incorrecto. En todo lo que hacía luchaba por proyectar amarillos y rosas, estrujándose el corazón entre las manos con la meta de nunca dejar ver las manchas oscuras. Pero todo tiene un límite, y esta jaula también lo encontró, agotada por el esfuerzo diario de no poder revelar lo vergonzoso y verdadero adentro, dejó a los grilletes desquebrajarse poco a poco. Esperando lo peor, la niña se resignó, pero sobre una pintura que tenía los moretones proyectados sobre ella encontró más dimensión y alma que en cualquier trabajo anterior que hubiera hecho. Temerosa, pero emocionada, dejó de esconderlo. Aunque muchos miedos se hicieron realidad al exponerse a los demás, recuperó la vitalidad que hace años había perdido. Se sintió más ella que nunca antes, y por fin tuvo las agallas de nombrarse cómo más que niña.

Otoño (Noche nochera, cascabelera) (2022) fue la primera que maduró, fruto de esto. Cambió de forma mucho antes de volverse real, retorciéndose en su agarre hasta que la niña azul pudo darle la forma adecuada, valiéndose primero de aquello que había aprendido a amar y valorar de su largo camino hasta este punto. Escribió una historia, una confesión, un diario, de una niña que, como ella, nunca había querido dejar de ser niña. Dejó salir los visos opacos de su corazón y caminar hasta el papel, todo aquello que no había sido capaz de admitir como ella misma, pero ahora era capaz de hacerlo como esta niña. Se permitió hablar de aquello que nunca había podido olvidar, y de aquello que no había podido decir entonces, por falta de palabras o de edad. Ahora, como “grande”, quiso hablar de lo que era ser pequeña, de que tus emociones rebasaran tu altura y tu capacidad para entender a alguien más que a ti mismo. Volverse ajena a algo tan propio le permitió una perspectiva que no había tenido antes, tomando el recuerdo y lo real como base más

no camisa de fuerza, alterando detalles a su gusto como la mente arquitecta de un mundo que existe por ella.



Figura 14. Ledesma, I. (2022). *Otoño (Noche nochera, cascabelera)*. Video instalación, dimensiones variables. Duración: 00:10:03. Fotogramas propiedad de la autora.

El mero gesto por sí solo de la escritura prontamente se quedó corto, y le exigió a la niña ponerse en la piel de aquella persona que no era ella, pero que inequívocamente era un espejo de su alma. Enfrentándose de frente con las palabras que había escrito, pero nunca se había imaginado

en decir, creyéndose aún demasiado cobarde para pronunciar las palabras que había guardado adentro por décadas. La niña en este punto aprendió que, por más que se resistiera, ella no podía dar ordenes sobre su crear, y más bien era este quién llevaba las riendas en su relación, y en este momento estaba gritando por qué ella entrara al centro del escenario, se pusiera el sombrero típico de su mesa de noche, y leyera su historia a quién quisiera escuchar y se permitiera pintar de los colores de otoño.

A diferencia de sus anteriores piezas, “Otoño” no fue auto conclusiva, exigiéndole seguir adelante y dar una resolución a la historia de la pequeña que se ocultaba tras la caperuza para no ser vista. Así que, sin más remedio, la niña creó *Invierno (Adolecer)* (2022) para continuar su historia. En donde quién una vez niña ahora era una adolescente, abrumada por la sensación de no tener un lugar para vivir con tranquilidad, ni siquiera dentro de su propia mente. Escribiendo este nuevo capítulo en su historia, la niña azul, ganando pulgadas en valor, imprimió en palabras todo lo que una vez se había sentido demasiado avergonzada por querer, y las experiencias que habían dejado cicatrices tras de sí. Todo lo que había aprendido y superado, pero jamás había podido olvidar.

Se volvió ambiciosa, reconstruyendo la frialdad de sus recuerdos en las paredes y muebles de su casa, haciendo aparecer ventanas del concreto y haciendo llover en un día soleado. Preparó cada detalle del espacio con minucia, como si fuese directora de cine, y cuando fue el momento, se tornó actriz, vestida y pintada cómo la niña que había nacido en otoño. Actuar la secuela rápidamente se volvió en vivirla, y no pudo evitar las lágrimas mientras leía las palabras que eran suyas, pero pertenecían a la vida de alguien más, alguien inexistente, pero que le cerraba la garganta con el dolor de pronunciar aquello que solo había divulgado ante el espejo. En “Invierno” realmente entendió el impacto, la fuerza de volver a esos espacios, a esos recuerdos, y de revivirlos finalmente comprendiendo a quienes, hace una eternidad, fueron ellos.



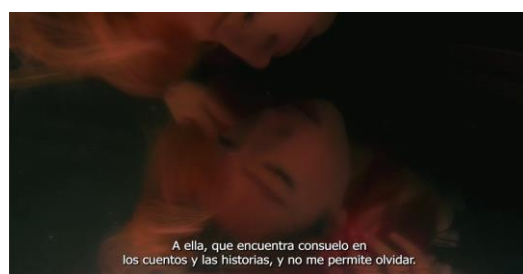
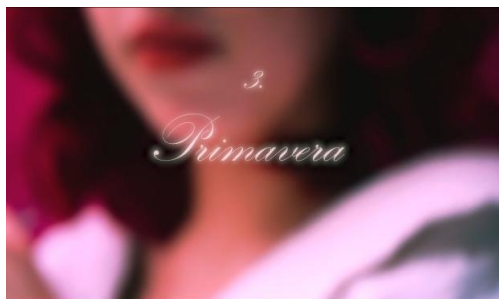
Figura 15. Ledesma, I. (2022). *Invierno (Adolecer)*. Video instalación, dimensiones variables.

Duración: 00:11:30. Fotogramas propiedad de la autora.

Las despedidas eran dolorosas para ella. Para todos, para ser honestos, pero esta es una historia de la niña azul, así que las despedidas eran, *especialmente* dolorosas, para ella. De la gente que amaba, de las manos que la abrazaban, de los que la leían... Pero una de sus grandes y difíciles despedidas, fue la de su trilogía, con *Primavera (Floreecer)* (2022). Desde el comienzo se mostró tortuosa, con un proceso de prueba y error que demoró meses y una eternidad, ya que nada nunca parecía suficiente, ningún texto era lo suficientemente bello, ninguna conclusión era la correcta, hasta que finalmente se dio cuenta que a pesar de ser doloroso decir adiós, la alternativa era mucho más injusta: robarle a la historia de su final. Su tiempo juntas había sido largo en su proceso, aunque

ahora pareciese corto, era codicioso exigirle pedirle a su hacer permanecer congelado en el tiempo. Así que dejó de buscar perfectos y se concentró en encontrar las palabras que satisfacerían a su corazón.

Con su protagonista ya en edad adulta, la niña azul se enfrentó a algo que no había encarado antes: su presente. Constantemente a través de sus proyectos, la niña había confiado en su recolección de las cosas que había vivido, en su pasado, en la perspectiva que ofrecían los años y el paso del tiempo, pero para “Primavera” no tenía el lujo de los años, ni tampoco era lo que le pedía la pieza. Le pedía la inmediatez del ahora, de las cosas que sentía y pensaba en su día a día, de su inseguridad por ser y llamarse adulta, y las presiones que en esta edad tenía sobre sus hombros. Era aterrador, pero bello enfrentarse a despedirse con la crudeza de su presente. Así que, temblando de miedo, ofreció su contemporaneidad a la pequeña, y ella la guió por los lugares a los que su historia debía ir antes de poder despedirse. Le mostró que cómo había tenido que enfrentarse al presente, debía enfrentarse a ella misma también antes. A todas las ellas que había sido, y a todas las ellas que había odiado y repudiado por años. La pequeña, su espejo a otro mundo y otra ella, le pidió que dejara de esconderla bajo caperuzas o cabellos, de negarla.



**Figura 16. Ledesma, I. (2022). *Primavera (Florecer)*. Video instalación, dimensiones variables.
Duración: 00:12:06. Fotogramas propiedad de la autora.**

Con esto retumbándole en la cabeza, la niña azul se empeñó en construir un portal hacia el mundo de su protagonista, llenándolo de rosa y brillos para invitarla a mostrarse, una última vez ante ella. Tal ritual, la niña leyó, siendo más ella que nunca, usando el ritmo del goteo del grifo para atraerla hasta el espejo. El portal se abrió, y la reveló, no una adulta, sino una niña, cómo la que tenía atragantada adentro después de leer todas las cosas terribles que por años se había repetido. La niña azul, arrepentida por su decisión, quiso pedirle que se quedara, no deseaba una despedida más, pero la pequeña escapó a pesar de sus súplicas. La niña azul escarbó en el espejo, pero no la encontró, de vuelta solo miraba un adulto de mirada perdida.

Por semanas después de despedirse de ella, la niña permaneció azul, extrañándola, extrañándose, drenada por la despedida y drenada por crear. Llena de lo que creía luto, un día el corazón punzando la obligó a correr al espejo. Se levantó la camisa y en el pecho brillaban colores y sus moretones, que antes opacos, ahora brillaban a través de la piel y músculos. Boquiabierta, dio una mirada más cercana, y pequeñas estrellas en forma de arrocés acompañaban las manchas, proclamándose ahí para quedarse, por y para siempre. La niña azul, sonrió y lloró, finalmente lista para dejarse ver, no sólo ante ella sino ante todos. Revelando los secretos de su yo niña, adolescente y adulta, bajo el precio de ser leída, y revelar un secreto a cambio de quién sea tan valiente cómo para verse ahí. En la vida y obra de quien, como niña azul, también niña artista.

Epílogo

La infancia en Otoño, Invierno y Primavera

(...) pretendía hablar de mi infancia, sin embargo, mi verdadera infancia había desaparecido. (...) Ya no tengo un recuerdo real de esta época, y mi infancia se ha convertido para mí en una especie de infancia universal, no real (Boltanski, 1996, pág. 37).

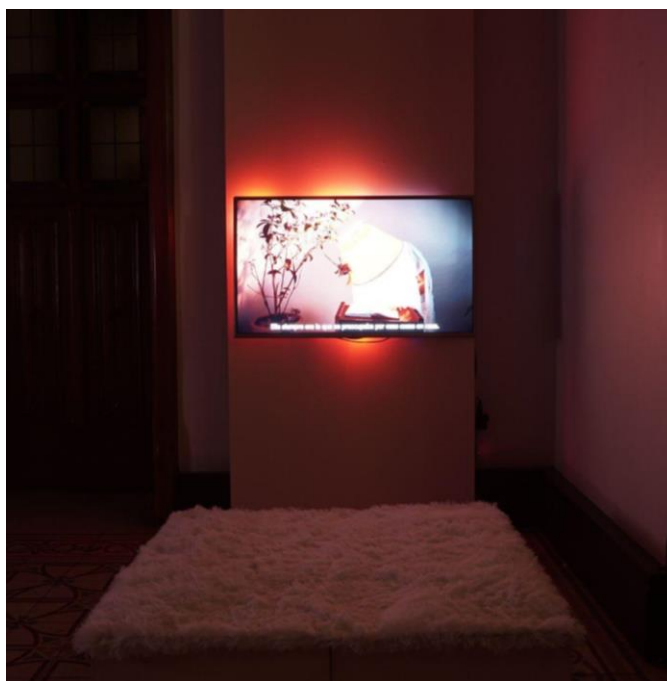


Figura 17. Ledesma, I. (2022). *Otoño (Noche nochera, cascabelera)*. Video instalación, dimensiones variables. Duración: 00:10:03. Fotografía propiedad de la autora.

Soy quien desde las sombras se ve iluminada por la luz de la lámpara, quien se sienta en el pupitre de atrás y quien se oculta tras las flores, siendo testigo del paso del Otoño, el Invierno y la Primavera en su vida o más bien en los instantes de su vida que no olvida, pero que no recuerda, más bien narra, presentando la soledad en su infancia, el rechazo en su adolescencia y la extrañeza que siente en su “aparente” adultez, porque sabe que la niña que es puede jugar a ser grande, en un

mundo exigentemente real y fugaz, donde no hay tiempo para contemplar la belleza de lo simple, ni mucho menos el poder de la inocencia, ni la ternura.



Figura 18. Ledesma, I. (2022). *Invierno (Adolecer)*. Video instalación, dimensiones variables. Duración: 00:11:30. Fotografía propiedad de la autora.

Por eso ella es la rara, la extraña, el fenómeno, la diferente, la que es mejor omitir o ignorar, la que da miedo porque ¿para qué escuchar cuentos de hadas y llamar a la infancia? ¿de qué sirve eso en el presente?... Vaya engaño que nos dicta la razón, en realidad el presente se escapa, el futuro es incierto y el pasado es lo único que queda, y justamente eso lo sabe ella muy bien, y se aferra a su potencia, como metáfora y ficción, aventura y hallazgo, dándonos a conocer la importancia de un viaje hacia nuestra verdadera patria: la infancia, ¿Queda acaso otro lugar?



Figura 19. Ledesma, I. (2022). *Primavera (Florecer)*. Video instalación, dimensiones variables. Duración: 00:12:06. Fotografía propiedad de la autora.

Es así, como sus piezas audiovisuales nos llevan a su infancia para llegar a la nuestra, entonces nos contraemos como las hojas del otoño, nos caemos como la lluvia en el invierno y florecemos como las flores en la primavera, descubriendo la fragilidad de la humanidad misma y “la felicidad de aquello que estando para siempre es apenas una marca fugaz” (Forster, 2018, pág. 348).

Lindy María Márquez H.
Docente Facultad de Artes
Universidad de Antioquia

Acta de nacimiento de la niña azul artista

Isabella Ledesma Valderrama

Itagüí, Colombia. 1998

ledesmaisabella@gmail.com

@ouindows

Educación

- 2017 – 2023. Artes Plásticas, Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia.

Exposiciones Colectivas

- 2019 DERIVA DE LA IMÁGEN. CreaLab, Centro Cultural Facultad de Artes. Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia.
- 2023 *El lugar de las otras importancias*. Palacio de la Cultura Rafael Uribe Uribe. Muestra de grado Facultad de Artes. Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia
- 2023 Salón Visual Bacánika. Bodega Comfama. Medellín, Colombia.
- 2023 Proyecto Tesis. Museo de Arte Contemporáneo de Bogotá (MAC). Bogotá, Colombia

Distinciones y honores

- 2019 Estímulo académico, auxiliar de la colección de artes visuales MUUA. Museo Universitario Universidad de Antioquia. Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia.
- 2021 Una de las ganadoras de *La Colombia que Soñamos*, por el micro documental *La Colombia que nos crió*. Distinción dada por Canal ZOOM, Canal Trece y MinTic.

Referencias

Allende, I. (1994). *Paula*. (pp. 217)

Bourgeoise L. (1992). En una conversación con el autor Meyer-Thoss. Recuperado de:
<https://news.artnet.com/art-world/louise-bourgeois-assistant-2179146>

Bourgeoise L. (1995). *Dibujos y observaciones*. Recuperado de:
<https://www.goodreads.com/quotes/801476-the-colour-blue---that-is-my-colour---and>

Márquez, L. (2023) *El lugar de las otras importancias*, (pp. 14) Catálogo de la muestra de grado 2022-II. Facultad de Artes, Universidad de Antioquia

Saint – Exupéry, A. d. (1943). *El Principito*. (Capítulo 21, pp. 46)

Shakespeare, W. (1603). *Hamlet* (acto 3, escena XIII).